

*** IV ***

to que la ignominia de los vicios y de la ignorancia de los americanos recae sobre los mismos españoles, á cuyas leyes y costumbres atribuyen la causa las demas naciones; para los españoles que así piensan, los continuos disturbios de la América independiente son causa de pesar y de humillacion, y ansian por ver el dia en que los hispano-americanos, purgados ya de sus malos hábitos, se pongan al nivel de sus instituciones y consoliden los gobiernos republicanos á que por la naturaleza y el espíritu del siglo se ven impelidos. No, no está bien á los españoles insistir demasiado sobre los defectos de los americanos, pues esto, ademas de que es lo mismo que escupir hácia el cielo, contribuye mucho á mantener encendida esa odiosidad reciproca que tanto nos conviene apagar, pues á pesar de la separacion politica, la naturaleza nos une con tan fuertes lazos á unos pueblos que hablan nuestra lengua, que profesan nuestra religion, y que tienen en gran parte nuestros gustos y costumbres, que es del mayor interés para España conservarse en buena inteligencia con los nuevos estados americanos, sin mezclarse en nada en sus disensiones intestinas.

Intimamente penetrado de estos principios, que son en mi concepto tan liberales, como filantrópicos, procuraré en las memorias que siguen, herir lo menos que pueda el amor propio de los mexicanos. Pero sincero amante de su bienestar y de su engrandecimiento, amigo sobre todo de la verdad, y decidido á señalar el camino mas recto en mi juicio para que el pueblo mexicano afiance sus instituciones sin mas desastres, me tomaré la libertad de criticar y de juzgar sobre las personas y sobre las cosas, crítica que es mas llevadera cuando viene de un verdadero amigo, y sin la cual nada vale la experiencia ni de consiguiente la historia.

INVASION DE BARRADAS.

La república mexicana estaba destinada á sufrir las mas duras pruebas el año de 29, tanto respecto de su existencia como república, como de nacion independiente. La eleccion de presidente hecha en setiembre del año anterior causó, como debia temerse, un trastorno en que los partidos no respetaron mas la constitucion. Segun esta, debia subir á la presidencia el general Gomez Pedraza, porque habia reunido en su favor la mayoria absoluta de votos de las legislaturas, á quienes por un error fundamental encomendó la constitucion el nombramiento del supremo magistrado. Pero los partidarios del general Guerrero, que formaban un partido mucho mas popular que el de Pedraza, bajo pretesto de que la eleccion era nula por el soborno y aun por la opresion de algunas legislaturas, apelaron á las armas y despues del triste suceso de la Acordada, el nuevo congreso y en particular la cámara de diputados en que prevalecian los yorkinos ó partidarios de Guerrero, eligió á éste para presidente y al ge-

*** 1 ***

neral Bustamante para vice, declarando nula la eleccion de Gomez Pedraza.

El general Guerrero tomó posesion de la presidencia en medio de una calma aparente de los partidos, pero siendo su eleccion viciosa y su conducta demasiado popular y republicana para que pudiese agradar á los militares, muy luego se formó la tempestad que debia producir una reaccion y costar la cabeza á aquel desgraciado caudillo.

En estas circunstancias apareció en la costa de Tampico la expedicion de Barradas, casi sin prévio conocimiento de los mexicanos, y este incidente ga ve, acabó de complicar la situacion de la república. Cuando se considera las absurdas congeturas en que se fundó esta expedicion, su objeto, y la tropa y el general á quien se encomendó el resultado, es imposible dejar de ver con la mas clara evidencia los tristes efectos de un gobierno absoluto, de suyo caprichoso y menospreciador de la sangre humana, y de la nacion desgraciada que le sufría. Si España hubiera tenido en aquella época una representacion nacional, libertad de imprenta y un ministerio responsable, tal expedicion no habria realizadose; pero acaso este desastre ignominioso era necesario para que la generalidad de los españoles acabaran de desengañarse del error en que estaban, conservando aun un vislumbre de esperanza de reconquistar alguna parte de la América, para cuya lamentable ilusion contribuyó mas que nada la ignorancia y el resentimiento de los residentes allí, que por ambos motivos llevaron á Europa las nociones mas exageradas y mas falsas de la opinion de los americanos, á quienes representaban dispuestos hasta la ansiedad para volver al yugo español.

En principios de junio de 1829 se embarcó el que esto escribe en Veracruz, en donde entonces no se sabia absolutamente nada de la expedicion española, y al llegar al puerto de la Habana fué testigo de lo que viéndolo aun no podia creer. Los instrumentos bélicos resonaban en aquella hermosa bahía y los guerreros de mar y tierra se preparaban con priesa y con alegria, para una expedicion de cuyo éxito no dudaban. Dias antes de zarpar la expedicion ya circulaban las proclamas del Capitan General de Cuba, en que sin rodeos se trataba de persuadir á los mexicanos de la conveniencia de volver á someterse al paternal gobierno de Fernando VII, como único remedio de la anarquía y de los males que sufrían. Al ver semejante insensatez, apoyada en un armamento, cuya fuerza no llegaba á 4.000 hombres de desembarco, para someter á una nacion de siete millones, mi primera intencion fué presentarme al capitan general para informarle con hechos, como acabado de salir de México, que el gobierno español no contaba allí con ningun partido, y que sin éste era enviar á una destruccion cierta un puñado de hombres; pero luego me convencí de la inutilidad del paso, observando que el mismo general y el almirante Laborde, conocián bastante bien era una empresa temeraria, pero á la cual se veían precisados á concurrir por las ilimitadas facultades que tenia del rey el general Barradas. Esto prueba mas que nada la ceguedad y el capricho inherentes á

los gobiernos absolutos. Fernando, como todos los reyes, alimentaba con teson la quimérica idea de reconquistar sus dominios americanos, y hallando en el bárbaro Barradas un oficial que lisongeo su pasión favorita, pidiendo pocos medios, no dudó poner á su absoluta disposición las fuerzas y los recursos de la hermosa isla de Cuba. Obligados así á callar y á obedecer los gefes de esta isla, solo quedaba un obstáculo, que tal podia calcularse la probable repugnancia de la tropa á embarcarse, pero hallándose á la sazón en la Habana muchos españoles recientemente expulsos de México, entre los cuales habia una porción de soldados viejos; éstos por ignorancia ó por resentimiento, pintaron tan facil la reconquista, y tan fuerte y decidido el partido español en la república, que los infelices soldados, figurándose la aventura un paseo militar, y por resultado montes de oro, se ofrecieron con el mismo entusiasmo que los primeros conquistadores, y á no haberlo estorbado la prudencia del general Vives, toda la guarnicion de la Habana se hubiera voluntariamente embarcado á las órdenes de Barradas.

El día 5 de julio, por la mañana, salió la dicha expedicion de la Habana, entre victores y músicas; pero el navio almirante, llamado Soberano, al levar el ancla rompió el cabrestante, incidente que hubiera sido de mal agüero á los romanos, pero que nada intimidó á los alegres españoles. La escuadra aguardó afuera hasta el dia siguiente, en que pudo salir el soberano y cingló al oeste con los festivos cánticos del Diaro de la Habana, que con toda seguridad predijo, que así como tres siglos antes se habia encaminado Cortés de aquel mismo puerto á conquistar la Nueva-España, así aquel dia habia salido Barradas á reconquistarla con la misma probabilidad de buen suceso. La expedicion se denominó de vanguardia, suponiendose que en España se preparaba otra mucho mas fuerte, que constituia el principal cuerpo de ataque. Prescindiendo del absurdo de una vanguardia lanzada al enemigo, dejando á dos mil leguas de mar á su principal apoyo, era natural calcular que esta vanguardia ó primer ataque, solo podia emprender la toma de algun punto fuerte de la costa enemiga, que habriese la puerta del país que se trataba de sojuzgar, y así se dijo en la Habana que se dirigia á tomar á Campeche ó el Castillo de Ulúa. Pero lejos de eso, para que la sabiduría de la ejecucion correspondiese á la que habia formado el plan, la expedicion de Barradas se encaminó á donde menos podia esperarse, á un punto inhabitado de la costa mexicana, Cabo Rojo, situado á unas 21 leguas al Sur de Tampico de Tamaulipas.

Los pobres soldados españoles desembarcaron el 25 de julio, con el agua á la cintura y en una playa desierta, bajo los ardientes rayos del sol de los trópicos, y de allí fueron conducidos á Tampico por el estúpido Barradas. Tampico estaba entonces sin fortificacion, y así la expedicion facilmente pudo aportar á su misma barra, ahorrando á la tropa tan penosa marcha, y mucho riesgo de emboscadas pero el caso era hacerlo todo de un modo extraordinario é imitar con la mayor ridiculez la gloriosa empresa de Cortés. Así es que Barradas, así que vió sus batallones formados en la playa, sin nin-

gun auxilio, ya que no pudo quemar la escuadra para imitar perfectamente á Cortés, la despidió como si ninguna necesidad tuviese ya de ella, persuadido que los mexicanos vendrian á bandadas á su campo á unirse á las banderas de su magestad, como él decia y mas, con los misioneros franciscanos que tenia en su compañía, apreciados por aquel absolutista en mas que la artilleria que no quiso embarcar.

Pero los mexicanos pensaban de un modo muy diferente al que suponía Barradas. A pesar de la sorpresa que les causó la noticia del desembarco, sorpresa proporcionada solamente á su temeridad, y á pesar del descuido en que estaba aquella parte de la costa, considerada con razon como de ninguna importancia para un ataque de reconquista, inmediatamente se reunieron las milicias mas cercanas al punto del desembarque y apoyadas de dos compañías del batallon activo de Pueblo Viejo se apostaron con dos piezas de artilleria en la altura de los Corchos, por donde necesariamente debian pasar los españoles, á quienes sorprendieron matándoles algunos é hiriendo á mas, porque Barradas á pesar de las representaciones de varios de sus oficiales, fiado sin duda en la justicia de la causa de su rey y de su Dios, dirigia su marcha con tanto descuido como si estuviese en su tierra natal. Los españoles superaron la resistencia de los Corchos, tanto por el corto número de mexicanos en accion, como por ser gente visóna en la guerra; pero las balas que sonaron en sus oidos debieron desengañarles de que los enemigos no eran los que encontró Cortés y que la bien venida con que los habian saludado, era un recibimiento de que no se podia augurar un éxito feliz.

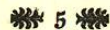
Siguieron los españoles su marcha muertos de sed y de cansancio; se encontraron en la barra de Tampico con la escuadra y con el auxilio de sus lanchas cañoneras; tomaron luego los cañones conque los mexicanos intentaron disputarles el paso del rio, despues de cuyo encuentro ya no tuvieron mas obstáculo hasta llegar á la nueva ciudad de Tampico de Tamaulipas, á la cual abandonó la tropa mexicana por ser de inferior fuerza á la española, retirándose en buen órden á Altamira, distante cosa de siete leguas. Con la posesion de Tampico se lisongeo Barradas de haber dado ya un gran paso en su loca empresa de reconquista; pero si hubiera tenido un adarme de juicio ó buen sentido, con solo observar que los mexicanos de ambos sexos y de todas edades habian abandonado la ciudad, sin quedar en ella mas que unos pocos comerciantes extrangeros, se habria desengañado desde luego del ningun partido de los españoles, y siguiendo la opinion de Laborde, que muy pronto vió con claridad el verdadero estado de las cosas, habria reembarcado su tropa, librádola así de una muerte ignominiosa. Pero Barradas, tan lejos de desconfiar del éxito, se consideró como otro Cortés en la Santa Veracruz, y como él, solo pensó en formar el ayuntamiento á nombre del rey, ofreciendo la vara de alcalde á todos los extrangeros que veia, y lamentandose de que los mexicanos hubiesen huido de sus hermanos que tantos bienes les traian. Así que, despidió de



nuevo á la escuadra y sin viveres, sin noticias é ignorando absolutamente todo lo que debia saber, puso en cuarteles á sus valientes soldados, dignos sin duda de causa mas noble y de mejor general.

Si en la costa apénas podia creerse la temeridad del desembarque español, mas trabajo costó para hacerlo creer en México, hasta que despues de repetidos correos extraordinarios se convencieron de que efectivamente los españoles pisaban el territorio mexicano. Entonces se presentó al general Guerrero la mas bella ocasion para afirmarse en la presidencia con la gloria mas justamente apreciada por los pueblos, la de los defensores de su independencia. Pero el general Santa-Anna se adelantó á coger unos laureles que no era difícil preveer debian darle una popularidad superior á todos los campeones mexicanos, por lo mismo que se trataba de combatir la siempre temida expedicion española, aunque deseada por algunos ambiciosos que conocian perfectamente por la decision unánime de sus compatriotas, cuan fácil les sería vencer, y cuan gloriosa la victoria.

El general Santa-Anna se hallaba en su famosa hacienda de Manga de Clavo, distante cosa de tres leguas de Veracruz, descansando de sus fatigas de la campaña de la última guerra sobre la presidencia apenas bien terminada; pero en el momento que tuvo la primera noticia de la venida de los españoles, voló á Veracruz y allí se condujo con una energia y una moderacion digna de toda alabanza. Puso inmediatamente 500 hombres en el Castillo de Ulúa con las correspondientes provisiones, y reuniendo toda la tropa y milicia que pudo, se preparó á recibir como debia á los enemigos. Supo luego que habian estos tomado tierra en las inmediaciones de Tampico, y sin consultar mas que el honor de su patria, arrojando todos los riesgos mas probables de encontrarse en medio de la escuadra española, que era de suponerse á lo largo de la costa, como así se lo representó el comandante de la escuadrilla francesa que salió de la Habana para Veracruz un dia despues de la expedicion, se embarcó con unos mil hombres veteranos y civicos, y desembarcó felizmente en Tuxpan, esto es, á la mitad del camino del objeto de su campaña; de manera que, á los pocos dias de haber tomado Barradas á Tampico, tuvo Santa-Anna la gloria de ponerse á su frente en la rivera opuesta del Pánuco, situando su cuartel general en Pueblo Viejo. La llegada de Santa-Anna fué con la mayor oportunidad, pues aunque de todas partes bajaban las milicias para combatir á los españoles, les faltaba un general animoso que supiese utilizar su ardiente patriotismo. Todos los civicos del lado izquierdo del Pánuco volaron á reunirse bajo las banderas de Santa Anna, y por la otra parte bajaban aun cuerpos mas numerosos á reunirse en Altamira á las órdenes de los generales Garza y Terán, de manera que los españoles se vieron muy pronto amenazados por fuerzas cuatuplicadas, mandadas por los gobiernos de los estados vecinos. El general Santa Anna juzgó luego mal de la conducta del general Garza y en consecuencia fué este llamado á México, quedando solo en el mando de la division de Altamira el general Terán, antiguo insurgente y respetable por su caracter é ilustracion,



sin embargo de lo cual, y sin comision especial del gobierno general, tal era el ascendiente que daba á Santa Anna su intrepidez y su actividad, que muy luego asumió el mando en jefe á que sin repugnancia y por el bien de la pátria se sometió el moderado Terán.

En medio de tan formidables preparativos de resistencia, en medio de hallarse en tierra enemiga, bajo un clima matador y mas en el mes de agosto, viendo Barradas á sus soldados expuestos á morir de ambre, rodeado de desiertos y pantanos, este nuevo D. Quijote, no variaba en nada de sus grandiosos proyectos, siempre lisongeado con verificar su conquista á pesar de cielo y tierra. En consecuencia, pensó en añadir un nuevo laurel, ganando á Altamira, y á mediados de agosto, sin pensar en que dejaba á retaguardia al otro lado del rio al infatigable Santa Anna, Barradas se puso en marcha para aquella villa con casi toda su tropa, dejando solo en Tampico una porcion de enfermos guardados por una muy corta guarnicion. Los españoles vencieron todos los obstáculos que los mexicanos les opusieron en el fragoso é intrincado camino de Altamira, en donde pudo haber terminado la famosa expedicion de vanguardia á haber tenido los mexicanos mejores oficiales, pero al entrar en aquella villa se acabaron de convencer de que podrian conquistar algun terreno pero no á ningun mexicano, encontrando la villa desierta y destituida de todo recurso, aunque vieron las alturas vecinas coronadas de gente armada, disponiéndose para destruirlos en momento mas oportuno.

Santa-Anna por otra parte, así que supo el movimiento de Barradas, pasó el rio en canoas la noche del 19 „con unos 500” hombres y atacó impetuosamente á la débil retaguardia de Tampico en que los soldados españoles se defendieron desde las casas con el valor de la desesperacion, arrastrandose de sus miserables lechos los infelices enfermos para coger un fusil y morir peleando. La noche se pasó en un incesante fuego de calle á calle y de casa á casa, hasta que por la mañana, convencido el comandante español Salomon de la inutilidad de la resistencia, pidió capitulacion y estando tratandola se oyeron los tambores de toda la division de Barradas que á paso apresurado volvia de Altamira al socorro de su retaguardia. Santa Anna en este momento se consideró perdido por hallarse sin retirada entre una laguna, la barra en poder de los españoles y el rio, pero con una presencia de espíritu admirable persuadió al comandante Salomon de la venida inmediata de tres divisiones mexicanas que con el dedo le señaló, y así se convinieron instantaneamente en que las fuerzas de ambos partidos suspendiesen su entrada en el pueblo hasta que se concluyera la capitulacion, la cual se terminó concediendo á Santa-Anna volver á pasar el rio con su tropa, de manera que el general mexicano desfiló con tambor batiente y unos 500 hombres al frente de 3000 españoles, pasando tranquilamente el rio y regresando á su cuartel. Grande fué ciertamente el aprieto de que escapó Santa-Anna por la simplicidad de Barradas, pero éste nada hubiera adelantado con hacer prisionero á aquel, porque sobraban generales y

miles de mexicanos para repeler la invasion, aunque hubiera sido mucho mas fuerte.

La situacion de los españoles cada dia era mas crítica y desesperada. Bajo las lluvias continuas del mes de agosto y en medio de enjambres de mosquitos, se veian sin que comer y sin ninguna especie de amparo para guarecerse de aquellos malignos insectos, capaces por sí solos de matar al hombre. Los soldados exasperados por su triste situacion y por el hambre, y acaso no tan cuidados como debieran por sus oficiales, abandonaron toda especie de disciplina, forzaron los almacenes de los comerciantes y con estómagos vacios se entregaron sin medida á las bebidas espirituosas, lo que añadido á los demas padecimientos, convirtió inmediatamente el cuartel español en un infecto hospital, aunque sin camas, sin pabellones y sin ningun recurso adecuado á la triste condicion de los pacientes. Aquellos robustos jóvenes que tanta falta hacen en los mal poblados campos de su patria y que un mes antes habian salido de la Habana tan rozagantes, morian sin gloria á centenares en Tampico, envidiando á los compañeros que habian caido bajo el fuego enemigo y maldiciendo á los que, por ignorancia ó por sus intereses y miras particulares los habian engañado, haciendoles entrar voluntariamente en la empresa mas temeraria y mas mal conducida de que hay memoria en la historia. Causa aun horror la idea de los desastres que sufrieron los españoles en Tampico, que aunque en pequeño pueden muy bien compararse á los que sufrieron los franceses en su retirada de Moscow, pues como aquellos, los españoles de la division de Barradas miraban la muerte como un bien. Un año despues de esta desastrosa expedicion, llegó el que esto escribe á Tampico, y á cada instante individuos juiciosos de todas las naciones le hacian las relaciones mas minuciosas de las terribles escenas que presenciaron, que hacen estremecer la humanidad.

Al mismo tiempo que los españoles caían diariamente bajo tantas miserias, hasta el extremo de que apenas quedó en pie una quinta parte de su division, los dos campos mexicanos á las órdenes de Santa Anna y de Teran se aumentaban diariamente, no siendo exagerado afirmar, que en principios de setiembre habia en los alrededores de Tampico y en camino, mas de 12 mil hombres, casi todos de milicia cívica que venian voluntariamente á arrojar á los invasores del suelo patrio. Los españoles, es verdad, aun permanecian dueños de la barra sobre la cual habian construido un reducto, y de consiguiente de la mar, pero la escuadra se paseaba en las aguas de la Luisiana, cuidandose poco al parecer del puñado de valientes que habian dejado abandonados en tierra enemiga. Pero aun el cuartel general español apenas podia ya comunicarse con la guardia de la barra, porque Teran, de órden de Santa Anna, se habia interpuesto con una brigada en el paso llamado de Doña Cecilia.

En tal estado, los mexicanos no necesitaban disparar un tiro para hacer rendir las armas á los españoles que la epidemia y el hambre les quitaba de las manos; pero la fogosidad natural del ge-

neral Santa Anna, y el deseo de hacer mas brillantes sus laureles le indujo á dar un asalto al fuerte de la barra, por haber tenido tambien aviso de que la tropa española le habia abandonado, no pudiendo seguir en él á causa de hallarse anegado. Asi que, la noche del 9 de setiembre Santa Anna pasó su gente al otro lado del rio y formando inmediatamente sus columnas de ataque, los mexicanos se arrojaron con la mayor intrepidez al fuerte. Pero los españoles se hallaban ya apercebidos para defenderle, y recibieron á sus contrarios á metralla con cañones de grueso calibre, causando un estrago proporcionado al ardor de los mexicanos, de quienes muchos murieron en la estacada y abrazados con los cañones enemigos. Santa Anna mandó tocar retirada, ya arrepentido de haber prodigado sin necesidad la sangre de sus soldados, habiendo muerto en el ataque cubiertos de gloriosas heridas los distinguidos oficiales mexicanos Tamaris y Acosta, hijos ambos de españoles. Este asalto, y el de la ciudad de Tampico ya referido, sirvió al menos para probar que los mexicanos estaban y están mas resueltos á morir con gloria por la independencia, que lo que algunos necios españoles suponian.

Al fin, el estúpido Barradas, convencido que de mantener sus banderas algunos dias mas no le quedaria ni un solo hombre en pie, y que él mismo seria victima, trató sin duda de conservarse para mejor ocasion, y dió el paso humillante de pedir una capitulacion. Santa Anna y Terán se apresuraron á concedersela con mas generosidad que pudieran esperar los soldados españoles, demasiado tarde desengañados. El 11 de setiembre, memorable por esto en los fastos mexicanos, se firmó y ratificó por ambas partes la capitulacion, por la cual los españoles rindieron sus armas y banderas, conservandose á los oficiales sus espadas, debiendo asistirse á los enfermos con todos los recursos de los mexicanos, y despues de curados trasportados todos á la Habana por cuenta del gobierno mexicano, pero en calidad de reintegro de las cajas de la Habana. Santa Anna se apresuró á comunicar tan importante noticia á México, enviando las banderas españolas que sirven de trofeo en el Santuario afamado de Guadalupe. Respecto del cumplimiento de la capitulacion, los mexicanos la observaron tan religiosamente, que rayaba en extraordinaria generosidad, tratando á los españoles rendidos con toda la hospitalidad debida á los amigos, y prodigándoles en consecuencia todos los auxilios en viveres y en hospitales que requeria su mísera situacion, aunque los mismos mexicanos tambien sufrían mucha escasez. Esta conducta filantrópica es muy honrosa para aquellos soldados y muy consecuente al bello caracter y generosidad de que han dado pruebas en todas ocasiones; y tal es en general el caracter de los mexicanos, no pudiendo argüirse en contra alguno que otro ejemplar sanguinario y cruel que aparece en la historia de su primera insurreccion.

Así terminó la famosa expedicion de Barradas. Este, lleno sin duda de remordimiento y confusion por ser la causa inmediata del desastre, se embarcó para Nueva Orleans, y de alli se dirigió

á Paris, bien provisto su bolsillo de los restos de la Real tesorería, y los soldados españoles que pudieron sobrevivir á tanta miseria, despues de recuperar sus males, en lo que pasaron hasta el mes de diciembre, volvieron á la Habana no del todo convalecidos, sino con figuras mas bien de esqueletos que humanas, quedando la mayor parte inutilizados y no pasando el número de mil, de manera que mas de 2,500 españoles murieron ignominiosamente en Tampico y los que volvieron llevaban en si señales indelebles que habrán servido para quitar la gana á otros de seguir su ejemplo, no siendo abanzado afirmar que la expedicion de Barradas produjo al menos la utilidad de un desengaño práctico para los que lo necesitaban, pero es lastima que este no se hubiese verificado en sus cabezas.

Si la expedicion de Barradas no produjo otro efecto sobre la independencia de la nacion mexicana que ofrecer una prueba mas á las demas naciones de la incontrastable base en que aquella se funda, no dejó de ser ocasion inmediata para causar un trastorno en el gobierno interior, meditado ya desde antes de la llegada de los españoles, pero que estos aceleraron por su intempestiva aparicion. Como Barradas fué seguido de proclamas en que afirmaba que su division era la vanguardia de otra, de mucha mayor fuerza que habia salido de los puertos de España para apoyarle, el Presidente Guerrero se apresuró á formar un cuerpo de reserva para oponerse á los invasores en la direccion de Veracruz. Con este fin reunió en Jalapa toda la tropa veterana que pudo, pero por segunda vez cometió el error de no ponerse él mismo á la cabeza de esta tropa sino que la encomendó al Vice-Presidente, general D. Anastasio Bustamante. Este fijó su cuartel en la citada villa de Jalapa con mas de 3.000 veteranos de lo mejor del ejercito, en cuyas filas se alimentaba un resentimiento poco disimulado contra Guerrero, no porque habia subido violentamente á la presidencia, sino por su indiferencia hácia el ejército, que trataba de reformar, y tambien porque participando los oficiales del orgullo aristocrático, miraban a Guerrero como indigno del puesto que ocupaba por no ser de raza blanca.

El mismo Santa-Anna por otra parte, á quien Guerrero debia la presidencia, dió un paso fatal á aquel, pues hallandose aun en Tampico al frente de sus tropas victoriosas, le escribió requiriendole para que separase á sus ministros, lo que en situacion tan formidable podia considerarse como una amenaza, con el fin de suplantarle en la presidencia. Guerrero habia conferido el ministerio de hacienda á D. Lorenzo de Zavala, hombre ciertamente instruido en la verdadera política liberal de las naciones modernas. Pero Zavala encontró la tesorería exhausta, la renta de las aduanas empeñada en cantidades considerables, el comercio casi aniquilado por falta de confianza y por la reciente expulsion de muchos capitalistas españoles. En estas circunstancias todavia hizo un esfuerzo para detener el empeño de la renta de las aduanas, que se vendia por la mitad de su valor á los agiotistas que hacian anticipaciones.

Al mismo tiempo tomó las medidas liberales que enseña la ciencia económica, desestancando el tabaco y tratando de suprimir las aduanas interiores y la funesta alcabala, remplazando estos arbitrios ruinosos con una contribucion directa. En medio de su carrera de reformas liberales, fué detenido y trastornado por la mayoría de la cámara de diputados que proclamó la prohibicion de los principales artículos de comercio, en cuya funesta preocupacion coincidió con ardor el presidente Guerrero. Zavala debió entonces para no comprometer su reputacion renunciar el ministerio, como se practica en Inglaterra, porque no hay cosa mas funesta que seguir una marcha contradictoria, pero tuvo la debilidad de no querer abandonar á Guerrero, de quien fué siempre sincero amigo y el mas ilustrado consejero; aunque desgraciadamente aquel estaba lejos de tener la capacidad y firmeza necesaria. Zavala siguió asi en un caos en las circunstancias mas dificiles, y urgido por las demandas del ejército y de los empleados, continuó empeñando mas y mas la renta de aduanas; en seguida malvendió el tabaco, papel y otros efectos pertenecientes á la hacienda pública, hasta que al fin, un grito general se levantó contra él, acusandole de malversacion, y aun de peculado, lo que contribuyó mucho para desacreditar la administracion de Guerrero en los estados. Tal era la situacion de las cosas cuando la tropa que formaba el cuerpo de reserva á las órdenes de Bustamante proclamó el famoso

PLAN DE JALAPA

EN 4 DE DICIEMBRE DE 1829.

Cualquiera cosa que hagan en una república los gefes militares al frente de sus tropas, no puede menos de ser funesto á la misma república y á la libertad, y esta es la causa fundamental de las continuas disensiones de la nacion mexicana desde que es independiente. Por desgracia la misma independencia se hizo por un plan, esto es, por un convenio hecho entre los gefes de una porcion de tropa, cual fué el famoso plan de Iguala, y así es, que sin consultar la voluntad del pueblo espresada en orden por medio de una convencion libremente elegida, pusieron condiciones á la misma independencia y comprehendieren en ella la forma de gobierno y la religion. Desde entonces todas las mudanzas y trastornos que ha habido en México, se han hecho con un vicio radical por la fuerza armada, ó lo que es lo mismo, toda constitucion y leyes de los representantes del pueblo han existido mientras lo ha permitido un plan trazado con la punta de la espada. Pero interin la nacion estaba sin constituirse podía coonestarse este abuso de la fuerza, considerando que donde no hay principios fijos y aceptados por todos, no hay mas derecho que la fuerza de los partidos. Mas desde el año de 24 en que se constituyó la nacion mexicana en república federal, todo pronunciamiento militar ha sido un crimen político, menos cuando es dirigido contra un gobierno evidentemente inconstitucional y abusivo en su conducta, y